

La aventura equinoccial de una mujer

Conocí a Daniel Arveras una tarde primaveral de libros y amigos en El Escorial. Conformábamos un grupo singular, más bien azaroso, de escritores, periodistas, historiadores y lectores que esperábamos en el patio de Mascarones la prometida visita a la biblioteca. Por entre las esferas armilares, los ricos códices, los frescos de Tibaldi y el fantasma de *Silver Philip* pintado por Velázquez que hoy, como tantas otras cosas, permanece en poder de la Pérfida Albión, a la luz de los cantos dorados que multiplicaban el sol de la tarde, hablamos inevitablemente de Felipe II, de su fallido Imperio Atlántico, del error de no asentarse en Lisboa, del capricho fatal para el futuro de España de permanecer aquí, en mitad de la nada, en el hueco de esta ballena de piedra varada en un océano infértil de tumbas y oraciones.

Nos remontamos atrás en el tiempo, a los Católicos Monarcas y a la hazaña española de la conquista de América, y recordamos emocionados los nombres de algunos de aquellos hombres atrevidos, ambiciosos, valientes, que se lanzaron al océano a buscar fortuna y poder o simplemente una tierra donde morir por algo que mereciera la pena. Los conocidos los citaba yo; aquellos a los que ni siquiera el tiempo implacable había respetado el nombre, los citaba Daniel. No era de extrañar, pues acababa de publicar su libro "Conquistadores Olvidados" y hablaba de ellos como de camaradas cercanos.

-Pero el olvido no solo es cosa de hombres- concluyó, y el eco de aquella verdad quedó flotando entre los viejos manuscritos como una premonición.

Su primer libro publicado en 2015, "Los cráneos de los Conquistadores", una novela sobre la conquista de Chile y la olvidada esposa de Pedro de Valdivia, tal vez había dejado en el escritor una impronta sutil, quizás todavía un arañazo superficial similar a un presentimiento o una inquietud. Sea como fuere, la intuición creativa de Daniel continuó trenzando aquellas tres palabras: olvido, mujer, América, a las que se fueron uniendo otras tantas; millones de palabras agolpadas esperando su historia, la de una gran mujer olvidada. Así, quizás, comenzó a encarnarse cada vez con mayor nitidez en su cabeza la historia de Doña Aldonza Manrique, la gobernadora de la isla de las perlas.

La Historia nos permite rastrear el camino del pasado: los escenarios, la coreografía de los hechos, las batallas, los instrumentos, algunos nombres. Pero es incapaz de traspasar el velo de las emociones; la innegable esencia de los hombres y mujeres que la construyeron. Para cubrir ese hueco indispensable está, precisamente, la literatura.

-El olvido es, sobre todo, cosa de mujeres, Daniel- le dije completando, no sin cierta retórica, aquella frase. Entonces él, con esa manera suya entusiasta y magnética de narrar, me contó lo de las cartas: aunque casi desde el primer momento hubo mujeres que viajaron y se instalaron junto a sus familias en las nuevas tierras, también existieron muchas otras que no lo hicieron por diferentes motivos. Dejar vida y casa en España definitivamente no era tan sencillo y además las Indias eran un horizonte demasiado lejano e incierto pese a las esperanzas de prosperidad con un poco de fortuna y decisión. Así que, a menudo, eran ellos los que primero se

aventuraban a probar suerte, confiando en lograr mandar a buscar a su mujer cuando ya les fuera bien allí.

Cuando esta situación se daba, mandaban cartas a sus mujeres en la flota anual de Indias. Las enviaban a través de paisanos o conocidos que se embarcaban de vuelta a España. Por desgracia no conocemos las cartas que las mujeres escribían a sus maridos radicados en el Nuevo Mundo. El hecho de tratarse de correspondencia privada, entre particulares, hace muy difícil su rastreo y conservación teniendo en cuenta los siglos transcurridos.

El sol descendía lentamente tras los pináculos herrerianos del Escorial al tiempo que Daniel terminaba su historia... -Centenares de aquellas cartas de amor descansan hoy, quinientos años después, bajo el polvo, en legajos sin clasificar del Archivo de Indias de tu Sevilla natal. Probablemente nunca llegaron a su destinatario-.

En el viaje de vuelta a Madrid no podía dejar de pensar en aquello. Las palabras que nunca llegaron a tocar la tierra descubierta cambiando para bien o para mal, el rumbo de tantas vidas. Y los tornaviajes en dirección contraria, cargados de cartas para las mujeres que esperaban ansiosas en los grandes puertos del Renacimiento español, como el de Sevilla. Mujeres de conquistadores, políticos, aventureros o soldados; guerreras ellas también, esperanzadas, aprendieron a esperar la voz en papel del esposo, el amado o el amante transformando el cómputo de tiempo en bordados interminables, altura de los hijos, arrugas en la piel, desamparo y soledad. Sonreí, triste, pensando que, quizás, algunas mujeres sevillanas desde entonces lleven esa impronta en su memoria ancestral, siendo, sin que ellas mismas lo sepan, auténticas veteranas de la espera y el olvido.

Pero no todas las historias se perdieron, afortunadamente. Daniel Arveras, tejiendo desde aquella conversación, letras, cartas, libros, pasión y vida, se puso a trabajar en la de una de ellas, nada menos que la de la primera mujer gobernadora de la Isla Margarita, doña Aldonza de Villalobos y Manrique.

Hoy aquella fascinante historia por él recuperada viene a honrar la memoria de una gran mujer olvidada, pero es algo más. De alguna manera, con su vuelta a la luz en este libro, vuelven también los ecos de otras muchas mujeres, quedando vengadas, al menos en parte, las miles de vidas que permanecerán para siempre en el lado oscuro de la memoria.

Y en cuanto a mí, que tantas mujeres he sido al leer, soy hoy la afortunada mujer que escribe el prólogo de esta importante historia, mezclándome con todas ellas. Nunca podré estar lo suficientemente agradecida.

María José Solano Historiadora del Arte, cofundadora de zendalibros.com y responsable de la editorial Zenda Aventuras

Génesis y motivaciones del autor

Estimado lector, antes de que se adentre en el presente libro, quiero dejarle unas pinceladas sobre cómo se gestó en mi cabeza y, también, trasladar a este prefacio

las principales razones que hicieron que finalmente lo abordara con ilusión, esfuerzo y esperanzas de una buena acogida por su parte.

Verán, tras la publicación de “Conquistadores olvidados” y su posterior promoción- agradezco a los lectores la positiva respuesta que dieron y siguen dando a mi libro, que ya se encuentra en su segunda edición- tenía más o menos claro que quería repetir un esquema similar donde confluyeran varias historias breves, reales y documentadas sobre personajes relacionados con las Indias, materia apasionante sobre la que a un servidor más le gusta leer, investigar y escribir. En parte para rescatarlos del olvido y, también, “para desfazer tuertos” o, en español de hoy en día, desmontar agravios y leyendas y trasladarles una visión más apropiada de cómo fue aquello en realidad.

En este sentido, tenía meridianamente decidido que las mujeres iban a tener todo o casi todo el protagonismo en mi nueva obra. No iba a hacer un “Conquistadoras olvidadas” pero mi intención sí que era la de darle visibilidad a algunas de aquellas féminas que surcaron hace varios siglos el océano en busca de una mejor vida en el Nuevo Mundo. Tras escribir sobre ellas numerosos artículos en prensa, llegaba ahora el momento de dedicarles un libro para disponer de más espacio, incorporar más información e incluir, asimismo, alguna historia inédita de la que tengo conocimiento.

A este respecto, lo primero que quiero dejar bien claro es que el descubrimiento y conquista de América fue una empresa eminentemente masculina, no nos vamos a engañar ni a disfrazarlo de otra cosa por mor de los tiempos que vivimos y de lo políticamente correcto. Nada más lejos de mi intención, no es mi estilo y, quien me conoce, lo sabe bien.

Era totalmente lógico que así fuera, que en los hombres recayera el peso de las expediciones al otro lado del océano, sobre todo en las primeras décadas que siguieron al descubrimiento de América. Sí, América fue descubierta por aquellos marinos que acompañaron a Colón en su primer viaje (1492), aunque afirmar algo tan obvio resulte incluso sospechoso hoy en día. No hagan caso a chorradas del tipo “América ya existía” que “estaba poblada por millones de habitantes” o que “los vikingos llegaron antes”. ¿Y? Todo eso es cierto, pero no cambia la premisa mayor enunciada. Precisamente sólo se descubre lo que previamente ya existe y es totalmente desconocido para quien logra dicho hallazgo, dándolo a conocer luego al resto del mundo que tampoco lo conoce. Los más obtusos, pueden buscar también el significado de “descubrir” en el diccionario de la RAE, aunque les va a dar igual y van a seguir soltando sandeces.

La propia estructura de la sociedad de entonces, la mentalidad, el rol habitual de la mujer supeditado al marido y relegado, salvo excepciones, al ámbito del hogar, la inmensa lejanía de aquel Nuevo Mundo, surcar un océano y afrontar múltiples incomodidades a bordo de pequeños bajeles, los miedos ante los peligros de la mar, a instalarse en tierras aún por explorar y habitadas por gentes extrañas y, en ocasiones, belicosas, el hecho de tener que obtener licencia, pagar el pasaje y provisiones..., todo sumaba para que fueran ellos la avanzadilla y punta de lanza en

las Indias, dejando atrás mujer e hijos, endeudándose para viajar y confiando en que el futuro les sonriera y compensara ante semejante apuesta.

Si lo piensan -con las lógicas y notables diferencias por los siglos transcurridos y las circunstancias de cada época- el mayor peso masculino en la aventura americana guarda alguna similitud con lo que ocurrió en el muy cercano siglo XX, cuando a mediados de dicha centuria, muchos españoles emigraron a Alemania, Suiza o Francia en busca de una mejor vida para ellos y sus familias. Fueron los hombres, casados y solteros, quienes más lo hicieron, dejando en nuestro país a sus mujeres, novias y madres. A ellas les mandaban lo ganado y ahorrado durante años de vidas separadas, hasta que muchos pudieron regresar o las convencieron para que se reunieran con ellos y formar así un hogar lejos de España.

El “Vente a Alemania, Pepe” de aquellos tiempos era eso, un padre, tío, hermano, amigo o conocido que escribía contando maravillas de Europa y sus posibilidades económicas, una tierra de oportunidades donde había trabajo y se ganaba un buen dinero, animando así a otros a vencer temores e inquietudes y a probar suerte. Por supuesto, hubo numerosas “Pepas” que asimismo emigraron, aunque en menor medida que los varones.

En el caso que nos ocupa, el de las Indias a partir de 1492, esto también se produjo así 500 años antes. La mayoría de los que se embarcaron entonces hacia el Nuevo Mundo eran hombres que, básicamente, buscaban mejorar su destino y, para ello, dejaban una vida atrás, asumiendo riesgos, incertidumbres y peligros. El afán de aventura y de mejorar su existencia en unas tierras diferentes, de oportunidades, constituían su principal equipaje.

Querían tener u obtener tierras y sacarles provecho, conseguir mercedes y contar con mayores posibilidades de ascender social y económicamente, ser “señores” de algo. Para ello, debían surcar el océano, asentarse, poblar y entenderse con sus habitantes, pues era perentorio para consolidar la propia presencia hispana en las Indias. En este sentido, debe remarcarse siempre que, pese a los lógicos episodios violentos y enfrentamientos armados entre ambos mundos, los españoles que allí llegaron se mezclaron desde el principio con los naturales de aquel universo tan exótico y lejano. Los prejuicios racistas no existían en la mayoría de los españoles de entonces; otra cosa fue el abuso de poder y explotación de los indios en los primeros tiempos por parte de algunos.

Por supuesto, es igualmente cierto que hubo también valientes mujeres castellanas que comenzaron a llegar a América desde muy temprano. En el segundo viaje colombino, aquel en el que 17 naos partieron de Cádiz en septiembre de 1493 con unos 1500 pioneros que iban a instalarse en la isla de la Española, ya hay constancia documental de unas cuantas mujeres a bordo, la mayoría esposas que iban con sus maridos a probar fortuna en aquella tierra prometida, en ese lugar tan bien vendido en la península por Cristóbal Colón al regreso de su primer periplo oceánico.

Poco a poco fueron llegando más, casadas para reunirse con sus esposos y también solteras, viudas, hermanas, sobrinas, hijas y criadas, la mayoría al recibir cartas de

familiares que allí se encontraban y a los que les iba razonablemente bien. Los registros oficiales nos dan una cifra de más de 10.000 mujeres españolas para el siglo XVI de un total de 55.000 emigrantes, además de las muchas más que pudieron llegar de manera ilegal sin pasar por los filtros de la Casa de la Contratación fundada en 1503. Investigadores como Boy-Bodman o el español Martínez-Shaw elevan la cifra total para dicha centuria a más de 200.000 españoles, de los cuales más de 30.000 serían mujeres.

Pues bien, la historiografía no le ha prestado especial atención a ese importante componente femenino que tuvo la presencia española en América. Los episodios sobre la conquista -básicamente varoniles, aunque también ellas participaron activamente en algunas batallas y hechos de armas- han acaparado la atención y oscurecido el importante papel que tuvieron las mujeres peninsulares en el Nuevo Mundo.

La obra española en América trasciende aquellas primeras décadas siempre apasionantes -un servidor le ha dedicado sus dos libros anteriores- y se prolonga durante tres siglos, trasladando aquellos hombres y mujeres su bagaje material, intelectual y espiritual, el que también se encargaba de propagar y asentar la propia Corona en esas tierras: lengua, fe, cultura, mentalidad, instituciones, administración, leyes, hospitales, universidades, cultivos, animales,... configurando una nueva sociedad, mestiza y criolla, en el Nuevo Mundo.

Tiendo a pensar que el olvido o la escasa atención prestada a las mujeres españolas en América haya sido interesado, al menos en parte. Con ellas en el escenario histórico americano desde el siglo XVI, se humaniza en buena medida el descubrimiento, conquista y presencia española en América, echando para atrás la visión más obtusa y negro legendaria. Ya saben, la que reduce todo de manera maniquea a riadas de hombres brutales y sanguinarios, sedientos de oro, violadores de indias y con la única motivación del saqueo de aquellas latitudes sin aportar nada positivo.

Esta perspectiva oscura, reduccionista y muy dañina fue fomentada y difundida por otras naciones y enemigos de España, encontró el apoyo de ínclitos colaboradores patrios desde el mismo siglo XVI y se propagó con suma eficacia por todo el orbe a lo largo de los tiempos. Tanto es así, que hoy es asumida como única verdad absoluta por millones de personas a uno y otro lado del océano, gracias también al entusiasta e imprescindible refuerzo de ideologías, pensamientos políticos y movimientos asociativos cargados de sombrías intenciones que lo continúan expandiendo con, por desgracia, notable éxito.

Esa visión tan negativa se olvida de lo más importante de todo: que los españoles llegaron para quedarse y perpetuarse en esas latitudes, cambiando su vida por completo e iniciando una nueva que esperaban fuera mejor. Por ello, precisamente, las mujeres españolas también viajaban, siendo conscientes de que la enorme distancia y el giro radical que daban a su existencia haría ya muy difícil que regresaran algún día.

Otra realidad importante es que muchas de ellas desempeñaron papeles muy relevantes y básicamente propios de los varones en aquella época. Me refiero, fundamentalmente, a las mujeres que ocuparon importantes cargos de gobierno y administración en las Indias desde el siglo XVI e, incluso, algunas que sí participaron en hechos de armas o tomaron el mando de una expedición o armada. A dichas posiciones llegaron por diversos motivos en un hito continuado en el tiempo y que desmiente, también, la visión oscurantista y radicalmente misógina que muchos hoy tienen de lo que fue España en tiempos de los Reyes Católicos y durante toda la Edad Moderna.

Algunas de ellas son Inés Suárez -quizás la más célebre por la novela de Isabel Allende y la reciente serie de televisión-; Catalina de Erauso, "la monja alférez"; María de Toledo, "virreina de las Indias"; Isabel Barreto, "almirante de la mar del sur"; María Estrada, conquistadora junto a Hernán Cortés; Beatriz de la Cueva, "la sin ventura" gobernadora de Guatemala; Mencía Calderón, "adelantada en el Río de la Plata"; Rafaela Herrera, artillera en la Nicaragua de 1762..., un reguero muy amplio de mujeres valientes y, en general, poco recordadas, que destacaron, pelearon, mandaron y gobernaron en la América Hispana.

Como verán, no fueron pocas y merecen mucha mayor atención de la pres- tada hasta la fecha por parte de investigadores e historiadores. De hecho, no descarto en un futuro escribir un libro sobre algunas de ellas.

Las páginas que se dispone a leer se centran en una de esas mujeres, una perfecta desconocida para un servidor hasta que di con un documento extraordinario y abordé unas líneas acerca de su persona en uno de mis artículos semanales de la sección "Mujeres en la Historia" en "Tu Otro Diario". Con anterioridad, apenas había oído o leído nada sobre su figura pese a la temprana edad -siete años- a la que asumió una gobernación en la América Hispana, nombrada nada menos que por el emperador Carlos en 1527. Este fue el primero de los datos que llamó poderosamente mi atención.

El artículo que tenía entre manos me limitaba por la extensión máxima marcada y, además, para su redacción había hallado interesante documentación, fuentes primarias de la época que me invitaban a continuar investigando más allá de los dos folios escritos y finalmente publicados. Esos escritos y cartas encontradas eran apasionantes ventanas a su historia, huecos que aventuraban muchas más interesantes novedades si le dedicaba tiempo y me centraba en profundizar sobre tan desconocida señora.

Así, convencido de estar ante una gran oportunidad para escribir un libro sobre alguien tan hasta ahora poco recordada y básicamente olvidada, mi esquema mental previo saltó definitivamente por los aires. No haría una galería o relación de mujeres en las Indias, dedicaría mis energías a una tan sólo, a la que gobernó una isla durante varias décadas con autorización y nombramiento regio, primero del emperador Carlos y luego de su hijo, Felipe II.

Aunque ya les he avanzado, en buena medida, la génesis del presente libro, permítanme referirles de manera sintética mis principales motivaciones a la hora

de acometerlo con ilusión y dedicación. Sirven también como pistas de lo que van encontrar más adelante.

El caso de la isla Margarita (Venezuela), es ciertamente singular en relación a la larga y rica historia de la presencia española en el Nuevo Mundo. Lo es por siete grandes razones, las que más me han animado a trasladar al papel esta historia:

- Fue descubierta por Cristóbal Colón en su tercer viaje (1498), aquel en el que dio con la isla de Trinidad y también con el continente americano, aunque él no fuera entonces consciente de lo segundo. Los parajes costeros y tierras cercanas a la desembocadura del Orinoco fueron nombrados pocos años después como Venezuela, lugar que el almirante identificó o asimiló con el “paraíso terrenal”-.
- La isla Margarita, junto a los cercanos islotes de Cubagua y Coche fueron pronto conocidas como “las islas de las perlas”, “el archipiélago de las perlas” o “la costa de las perlas”, dada la abundancia de este preciado molusco en sus aguas.
- Durante prácticamente 70 años (1525-1593), la isla Margarita fue gobernada por una saga familiar, los Villalobos - Manrique, siempre por voluntad y capitulación expresa firmada por la Corona.
- En un hecho si cabe más excepcional, fueron las mujeres del clan quienes estuvieron al mando directo o indirecto de esta ínsula caribeña durante la mayor parte de aquel periodo.
- Por si todo lo anterior fuera poco extraordinario, una de ellas, Aldonza de Villalobos o Aldonza Manrique -de las dos maneras se la conoce y figura en los documentos- fue reconocida como gobernadora cuando contaba con apenas siete años de edad, lo fue hasta su muerte y, de manera efectiva, durante 33 años de forma ininterrumpida (1542-1575).
- Muy significativo también es que Aldonza fuera criolla, pues vino al mundo en Santo Domingo, isla de la Española. El primer gobierno en las Indias de un español nacido en América fue el de esta mujer en el siglo XVI, aspecto este muy relevante y que apenas es mencionado, ni mucho menos resaltado como se debería en los libros de historia.
- Aldonza nació en el año 1520, hace ahora 500 años, un gran momento para recuperar y darle una mínima visibilidad a esta prácticamente anónima gobernadora.

De hecho, esta coincidencia temporal cuando ya estaba documentándome sobre su persona, época, acontecimientos y escenarios en los que se desarrolló, me hicieron tomar un nuevo impulso para terminar de escribir este libro que tiene ahora en sus manos.

Sería absurdo por mi parte hacer ningún tipo de comparación con las enormes figuras de Hernán Cortés, Juan Sebastián de Elcano y las gestas por ellos protagonizadas -conquista de México y la primera vuelta al mundo-, de las que también estamos conmemorando ahora el quinto centenario, pero sí he querido poner en valor y recuperar la historia de esta mucho más desconocida y olvidada gobernadora.

Con lo que he leído y hallado en el proceso de investigación podría haber escrito una novela para dejar volar también mi imaginación, pero he preferido ceñirme a los hechos y trasladarles esta historia real y vibrante que, en buena medida, nunca ha sido contada.

Siempre que me ha sido posible, he recurrido a las enriquecedoras y fascinantes fuentes primarias de las que disponemos en nuestros magníficos archivos y también, lógicamente, a una selecta bibliografía que encontrarán al final del libro.

Además, quiero destacar las consultas realizadas a las obras de varios cronistas de Indias, siempre necesarias, sobre todo las escritas por quienes allí estuvieron en la misma época o muy cercana en el tiempo.

De entre ellos, merece una mención especial don Juan de Castellanos (Alanís, (Sevilla), 1522 - Tunja, (Colombia), 1606), testigo de vista de muchos hechos ocurridos en aquel Nuevo Mundo y, en especial, en la costa de Venezuela e islas de las perlas. Su "Elegía de varones ilustres de Indias" es una obra maestra -junto a "La Araucana" de Alonso de Ercilla, las dos magnas composiciones poéticas sobre el Nuevo Mundo- y el lector se encontrará con diversas estrofas en el presente libro, pues es una fuente imprescindible que no podía, de ninguna manera, pasar por alto...